

Asociación de Historia Contemporánea
Actas del XIV Congreso

DEL SIGLO XIX AL XXI. TENDENCIAS Y DEBATES
(Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)

Mónica Moreno Seco (coord.)
Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2019

Asociación de Historia Contemporánea. Congreso (14.º. 2018. Alicante)

Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates: XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Alicante 20-22 de septiembre de 2018 / Mónica Moreno Seco (coord.) & Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2019. 2019 pp.

ISBN: 978-84-17422-62-2

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019.

Este libro está sujeto a una licencia de “Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)” de Creative Commons.



© 2019, Asociación de Historia Contemporánea. Congreso

Algunos derechos reservados

ISBN: 978-84-17422-62-2

Portada: *At School*, Jean-Marc Côté, h. 1900.

EL MANIFIESTO DE VENTOTENE Y LA UTOPIA DE UNA EUROPA FEDERAL (Y SOCIAL)

José Antonio Abad Labrador
(Universitat de València)

*Vean lo malo que es el mundo, tengan esperanza
y muestren lo bueno que podría llegar a ser.
Este es el sentido de una auténtica conciencia revolucionaria².*

En la Biblioteca de Ciencias Sociales «Gregori Maians» de la Universidad de Valencia observé algo curioso que no me resisto a contar aquí. En la sección de «Política Social» de dicha biblioteca topé con un libro que poco tenía que ver con la materia. En realidad, eran tres volúmenes de una misma obra titulada *El pensamiento utópico en el mundo occidental*. Pensé que se trataría de un error. Probablemente los libros pertenecerían a otra sección y alguien los habría dejado ahí por comodidad. Nada más lejos. La asignatura del tejuelo de los libros se correspondía con la ubicación de esa materia (i304). Quizás yo estoy en un error y la relación es evidente (aunque de los tres volúmenes, solo el tercero está dedicado al periodo contemporáneo y se centra en el socialismo utópico y científico exclusivamente) en tanto que se trata de una sección que propone modelos sociales alternativos, pero... ¿no es demasiado presuponer que las propuestas de políticas sociales en Europa, más o menos revolucionarias, o la historia de las mismas, son una utopía? Finalmente me llevé ese libro y salí de la biblioteca con la sospecha de que el encargado de ordenar las estanterías de esa sección sabía más que yo sobre política social.

Después de haber terminado de leer buena parte de la bibliografía seleccionada, puedo decir que la ubicación de esa obra no era casual. Que la construcción de una Europa social ha adquirido en las últimas décadas tintes casi utópicos es una conclusión común en buena parte de los libros dedicados a su estudio. Mi objetivo aquí no es dar cuenta de los avances o, más bien, retrocesos de la Unión Europea en el ámbito de lo social, ni mucho menos ofrecer propuestas de avance en este terreno. Mi objetivo es más modesto y tiene que ver con el oficio al que aspiro, o en el que me he formado, el de historiador, más que con la sociología o las ciencias políticas. Se trata de rastrear el contenido de un manifiesto cuyo proyecto sociopolítico parece tener más de utópico en nuestros días que en 1941, año de su elaboración. Reflexionar acerca de las posibilidades en el presente de este revolucionario proyecto a través de la pervivencia (si es que hubiere alguna) de la cultura política que lo inspiró, el socialismo liberal, puede contribuir a tomar de nuevo en consideración y repensar las ideas de esta corriente para un futuro alternativo de Europa.

² Ernst BLOCH: *¿Despedida de la utopía?*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2017 (1.ª edición de 1980), p. 25.

¿De qué utopía hablamos?

En primer lugar, es necesario definir qué entendemos aquí por utopía. Más allá de una reflexión teórica sobre este concepto, que tanta tinta ha derramado, pretendo contextualizar a grandes trazos la situación en que se encuentra la concepción de las utopías actualmente y en las últimas décadas. Mis reflexiones se sitúan en la línea de lo que Enzo Traverso ha calificado como «eclipse de las utopías». En realidad, no se trata de una metáfora original del historiador italiano. Si Traverso se refería al tiempo abierto a partir de 1989, con la caída del muro de Berlín y la posterior implosión de la URSS, Frank E. Manuel y Fritzie P. Manuel ya hablaron de «crepúsculo de la utopía» para definir el proceso de empobrecimiento de la imaginación utópica que estaba teniendo lugar a inicios de los años ochenta³. En cualquier caso, a partir de 1989, el diagnóstico sobre las consecuencias que podría traer el fin del socialismo real era similar a uno y otro lado del espectro político. Para el historiador conservador François Furet «la idea de una sociedad diferente se volvió casi imposible de pensar (...) Estamos condenados a vivir en el mundo en el que vivimos». El crítico marxista Fredric Jameson, por su parte, consideraba que es «más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo» dado que «el futuro no se parece más que a la repetición monótona de lo que ya está ahí»⁴. Alrededor del mundo cobró fortuna la expresión «fin de la historia» de Francis Fukuyama, quien se regocijaba en el hecho de que «prácticamente todos los que, desde la izquierda, criticaron mi artículo original sobre ‘¿El fin de la Historia?’, señalaron los numerosos problemas económicos y sociales de las sociedades liberales contemporáneas, pero ninguno de ellos estuvo dispuesto a preconizar abiertamente el abandono de los principios liberales para resolver estos problemas, como Marx y Lenin hicieron antaño». Efectivamente, como el mismo Fukuyama escribía, «hoy (...) nos cuesta imaginar un mundo que sea radicalmente mejor que el nuestro, o un futuro que no sea esencialmente democrático y capitalista»⁵. En 2018, con la resaca de una de las mayores crisis económicas que se recuerdan, esta frase continúa teniendo actualidad. La ideología neoliberal, basada en el esquema democracia liberal-liberalismo económico o capitalismo, sigue apareciendo como única alternativa posible en el horizonte.

La utopía social, si bien está inmersa en una profunda crisis, sobrevive hoy día. Crisis que es a su vez reaccionaria y progresista: reaccionaria porque se sustenta en la hegemonía ideológica y material del capitalismo sin dar cabida a otra alternativa socioeconómica, y progresista porque refleja un consenso secularizado que ve en las utopías una regresión a los horrores pasados⁶. Sobrevive, sin embargo, porque la misma izquierda incapaz de construir proyectos alternativos consistentes sigue apostando por mantener la utopía como fuente inspiradora del cambio, puesto que el régimen soviético fue incapaz de mantenerla, ni de mantenerse. Frank y Fritzie Manuel defendieron que «las fantasías utópicas han producido a la vez frutos buenos y malos en una buena medida (...) Sospechamos que la civilización occidental no será capaz de durar mucho tiempo sin fantasías utópicas, como tampoco puede vivir una persona sin soñar»⁷. El teórico de la utopía,

³ Enzo TRAVERSO: *La historia como campo de batalla*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 288. Este autor sigue a Russell JACOBY: *The end of Utopia. Politics and Culture in an Age of Apathy*, Nueva York, Basic Books, 1999. Frank E. MANUEL y Fritzie P. MANUEL (eds.): *El pensamiento utópico en el mundo occidental. III La utopía revolucionaria y el crepúsculo de las utopías (siglo XIX-XX)*, Madrid, Taurus, 1984.

⁴ François FURET: *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX siècle*, Paris Laffont y Calmann-Lévy, 1995, p. 572; Fredric JAMESON: «Future city», *New Left Review*, 21 (2003), pp. 65-79, esp. p. 76.

⁵ Francis FUKUYAMA: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992, pp. 394 y 83.

⁶ Francisco José MARTORELL: *Transformaciones de la utopía y la distopía en la postmodernidad*, Tesis doctoral, Universitat de València, 2015, p. 312.

⁷ Frank E. MANUEL y Fritzie P. MANUEL: *El pensamiento utópico...*, p. 382.

Ernst Bloch, siguió apostando por mantener vivo el pensamiento utópico hasta el fin de sus días: «En el hombre es posible lo utópico porque es el único ser que no tiene el futuro por algo falso, ni por algo que consiste en la mera posterioridad de repeticiones continuas (...) Lo utópico es propiamente lo característico del hombre»⁸. Más recientemente, Fredric Jameson ha considerado que es necesario «transmitir débiles señales de tiempo, alteridad, cambio, Utopía», mientras que el joven escritor Rutger Bregman aboga por «regresar al pensamiento utópico (...) lo que necesitamos son horizontes alternativos que activen la imaginación (...) Sin utopía estamos perdidos»⁹.

Hay quien postula la idea de que la teoría fukuyamaista del final de la historia es una utopía en sí misma. El profeta de la muerte de la utopía sería en realidad un utópico, dado que anuncia un modelo político y económico incontestable e inmejorable para la prosperidad humana¹⁰. Ciertamente, vivimos mejor que antes. Incluso la izquierda debe inclinarse ante esta evidencia. Marcuse llegó a afirmar que la utopía había llegado a su fin porque las fuerzas productivas hacían posible la eliminación de la pobreza, la miseria y el trabajo alienado¹¹. Para Bregman «vivimos en una época de profecías bíblicas hechas realidad (...) En otras palabras, bienvenidos a la tierra de la abundancia», a la utopía medieval del «País de Cuaña o Jauja»¹². Por otro lado, la postmodernidad ha dado lugar a planteamientos utópicos cientifistas como el transhumanismo o el «Proyecto Venus», inspirando una moda distópica juvenil difundida a escala mundial a través de *bestsellers* adaptados a la gran pantalla. Sospechosamente, pocas de estas películas o novelas asocian sin ambigüedades el apocalipsis del futuro con las consecuencias del capitalismo mundializado¹³. «Lo que más asombra en todas las utopías científicas contemporáneas es su rechazo del orden político ideal como principal tema de estudio», afirmó el matrimonio Manuel. «Asistimos a la multiplicación de los modos de llegar a las colonias espaciales, de manipular el banco genético de la especie humana, y descubrimos al mismo tiempo una gran debilidad del pensamiento, de la fantasía, del ensueño, de la utopía»¹⁴.

Sospechosamente, decimos, porque parece claro que detrás de los anti-utópicos existe una ideología que no es inocente, ni mucho menos neutral. Aquellos que proclaman solemnemente el fin de la historia ondean, por acción o por omisión, una utopía secreta que no gustan definir como tal, disfrazándola de realidad pragmática y de interpelaciones a lo factible¹⁵. Franz Hinkelammert vio en los argumentos antiutópicos de liberales como Friedrich Hayek y Karl Popper un «extremismo utopista camuflado», cuyos planteamientos tienen como función «destruir la utopía para que no exista ninguna otra»¹⁶. Ernst Bloch también se resistió en su tiempo a creerse la imagen anti-utópica que exhibían los paladines del capitalismo, descubriendo en la teoría de la mano invisible de Adam Smith un entendimiento de la economía capitalista «tan prolijo como

⁸ Ernst BLOCH: *¿Despedida de la utopía?...*, pp. 85-86.

⁹ Fredric JAMESON: «Future city...», p. 76. Rutger BREGMAN: *Utopía para realistas*, Barcelona, Salamandra, 2017, p. 28.

¹⁰ Krishan KUMAR: «Utopia and Anti-Utopia in the Twentieth Century», en Lyman TOWER SARGENT y Roland SCHAEER (eds.): *Utopia: The Search for the Ideal Society in the Western World*, New York, Oxford UP, 2000, pp. 256-271, esp. p. 267.

¹¹ Herbert MARCUSE: *El final de la utopía*, Barcelona, Ariel, 1968.

¹² Rutger BREGMAN, *Utopía para realistas...*, pp. 14-19.

¹³ Francisco José MARTORELL: *Transformaciones de la utopía...*, p. 306.

¹⁴ Frank E. MANUEL y Fritzie P. MANUEL: *El pensamiento utópico...*, p. 378.

¹⁵ Slavoj ZIZEK: *Primero como tragedia, después como farsa*, Madrid, Akal, 2011, pp. 9, 31, 45 y 90-92.

¹⁶ Franz J. HINKELAMMERT, *Crítica de la razón utópica*, Bilbao, Desclée, 2002, pp. 9-10.

utópico»¹⁷. Por no hablar de las obras clásicas de Otto Brunner o Karl Polanyi, de suma importancia a la hora de desmitificar el relato de la utopía liberal. Volviendo a Bloch, este afirmaba que «el llamamiento a una despedida de la utopía se convierte en el llamamiento a una ideología que, sin embargo, no se quiere manifestar; esto es, el miedo, al menos el malestar, la desconfianza, ante la izquierda (...) la despedida del marxismo es, por tanto, tan solo una fórmula ideológica (...) para la despedida, en suma, de todo movimiento social serio»¹⁸.

La ideología del «fin de la historia» viene a decretar el fin de la utopía. La idea de otro modelo de sociedad es vista como peligrosa. El cambio de siglo estaría marcado, siguiendo a Traverso, por un cambio de paradigma: el paso del «principio de esperanza» al «principio de responsabilidad»¹⁹. El «principio de esperanza» es, como nos enseñó Bloch, indisociable de la utopía y acompañó a las revoluciones de 1917, de 1936 o de 1968, a los movimientos de Resistencia en la Europa ocupada por el nazismo, e inspiró el manifiesto redactado, precisamente, por dos militantes de la Resistencia confinados en la isla de Ventotene por el fascismo. El «principio de responsabilidad» es el que revisita el comunismo en su dimensión totalitaria y violenta, el que tira toda revolución a la papelera de la historia y propugna la aceptación del orden existente. Y es el que revisita Ventotene apelando a su espíritu unitario sin mencionar su contenido transformador, como ocurrió en la cumbre del 22 de agosto de 2016 entre Renzi, Merkel y Hollande²⁰, en conmemoración del manifiesto redactado en la citada isla.

Cuando Altiero Spinelli animaba en su manifiesto a «tejer la trama del futuro» y a recoger «el legado de los movimientos de elevación de la humanidad», lo hacía impulsado por un principio de esperanza en el cambio, apelando incluso a los movimientos utópicos de otros tiempos para mirar al futuro: «El camino no es fácil ni seguro. Pero debe ser recorrido, ¡y lo será!»²¹. Ello lo escribió antes de acabar siquiera la Segunda Guerra Mundial, antes de la derrota del fascismo y de la polarización del mundo, antes de la caída del Muro de Berlín y del colapso de la URSS, antes, en definitiva, de que el futuro comenzara a darnos miedo.

La utopía de la Europa federal y social

El aspecto central del *Manifiesto de Ventotene* gira en torno a la oportunidad histórica que la guerra planteaba para la construcción de una Europa federal que garantizase la paz mundial: «La cuestión que debe resolverse (...) es la abolición definitiva de la división de Europa en estados nacionales soberanos»²². No voy a detenerme en este aspecto ya que me interesa desarrollar la cuestión, menos

¹⁷ Ernst BLOCH: *El principio esperanza* (I vol.), Madrid, Trotta, 2004-2007, p. 189.

¹⁸ Ernst BLOCH: *¿Despedida de la utopía?*, pp. 62-64.

¹⁹ Enzo TRAVERSO: *La historia como campo de batalla...*, pp. 290-292.

²⁰ En esta cumbre, los principales líderes de Italia, Alemania y Francia hablaron de la necesidad de que Europa ganase mayor competencia en el campo de la información digital (Merkel) y de la importancia de que Europa impulsara las economías nacionales de la Unión (Hollande). Competencia económica, economía nacional... cuestiones que los autores del *Manifiesto de Ventotene* no solo no compartían, sino que discutieron y supeditaron a la solidaridad social y a una economía internacional. Solo Renzi apeló a los valores de la Unión Europea para encarar problemas sociales como la desocupación juvenil.

²¹ Altiero SPINELLI y Ernesto ROSSI: *El Manifiesto de Ventotene. Por una Europa libre y unida*, Barcelona, La Lluvia, 2016, p. 54.

²² *Ibid.*, p. 42.

tratada, de la reforma social que expone el manifiesto. Me limitaré a señalar que la idea de una Europa unida en una estructura supranacional sigue siendo, hoy día, considerada una utopía y, en realidad, nunca estuvo, en el terreno político, y pese a los esfuerzos de Spinelli, cerca de concretarse. Si bien en los años cuarenta la moda del federalismo alcanzó su punto más alto, ya en la década de 1950 era inusual encontrar intelectuales apostando por una unión del continente. Para empezar, el lenguaje estaba contaminado por los deseos del nazismo de crear un Nuevo Orden Europeo²³. Por otra parte, la guerra había exacerbado el sentimiento nacionalista en Europa. Los *résistants* permanecieron motivados por el fervor patriótico de la guerra y sus anhelos de cambio interno dentro del marco del Estado-nación²⁴. Progresivamente, Europa se fue construyendo desde la Comunidad Económica del Carbón y el Acero en 1951, hasta el Mercado Común, el Banco Central Europeo y la adopción del euro. Es decir, se trató de una construcción entregada al ámbito económico y desde arriba. No es extraño que federalistas como Vidal-Beneyto apostaran por «rebasa lo económico y entrar en lo político»²⁵, o que euro-optimistas como Manuel Castells impulsen una identidad europea basada en los valores culturales. Pero incluso este último admite que «la identidad europea es una identidad ambivalente, mientras que la identidad nacional es una identidad fuerte». Las clases trabajadoras apoyan la UE y el euro en menor grado que las clases medias y altas. La constitución europea fue rechazada por el 79% de la clase trabajadora de Francia, por el 68% en Holanda, y expresaron disconformidad el 69% en Alemania. Existe una estrecha correlación entre el estatus social elevado y el sentimiento europeo²⁶. Quizás tenga algo que ver que la idea de reforma social se ha desarrollado históricamente, como veremos, en el ámbito del Estado-nación. A nivel académico, la nación ha sido el centro de un relato historiográfico vinculado a la construcción de los Estados-nación alrededor del mundo y durante dos siglos de historia. En la segunda década del siglo XXI la nación no muestra ninguna señal de desaparición. Históricamente, nada ha sido tan inequívocamente transnacional como la idea de nación. Por otro lado, transnacional no quiere decir no nacional²⁷, como señalaban los autores del *Manifiesto de Ventotene*. Asimismo, países clave en los procesos de globalización como Gran Bretaña u Holanda no muestran ninguna voluntad de diluir su identidad nacional, más bien al contrario, como han demostrado los sucesos recientes. En último lugar, me gustaría recordar a Tony Judt en su idea de que «Europa es algo más que un concepto geográfico, pero no llega a ser una respuesta». Al menos una respuesta a todo, cabría matizar, pero es cierto que invocar la palabra Europa como un mantra frente a los recalcitrantes «herejes nacionalistas» impide reconocer los problemas, más que ayudar a resolverlos. Recordarlo resulta particularmente pertinente en un país como España, en el que la tradición filosófica y política ha dictado «Europa como solución, España como problema». Y en el que hablar de Europa «ha pasado a ser poco más que la forma políticamente correcta de hacer la vista gorda ante las dificultades locales», centradas aquí en la unidad de España y sus nacionalismos periféricos. No es extraño ver, por tanto, al ahora ministro Josep Borrell invocar el espíritu federal de Ventotene para hacer frente a «la actual multicrisis (que) ha hecho revivir los nacionalismos de todo tipo, incluyendo los que quieren pretendidamente hacer Europa rompiendo España primero»²⁸.

²³ Tony JUDT: *¿Una gran ilusión? Un ensayo sobre Europa*, Madrid, Taurus, 2013, pp. 19-20.

²⁴ Mark MAZOWER: *La Europa negra*, Valencia, Barlin Libros, 2017, pp. 246-247.

²⁵ José VIDAL-BENEYTO: *Por una Europa política, social y ecológica*, Madrid, Foca, 2005, p. 9.

²⁶ Manuel CASTELLS *et al.* (coords.): *La crisis de Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 2018, p. 282.

²⁷ Ferran ARCHILÉS (ed.): *La persistència de la nació*, Valencia, Afers-PUV, 2014, pp. 41-42.

²⁸ Josep BORRELL: «De Ventotene a la multicrisis europea», *El siglo*, 1.157 (2016), p. 22.

El segundo aspecto clave del proyecto político contenido en el *Manifiesto de Ventotene* es la apuesta decidida por una Europa social. Aspecto, el social, que ha pasado, como decíamos, mucho más desapercibido cuando se rememora la figura de Altiero Spinelli. Es cierto que el propio Spinelli puso mayor esfuerzo en su apuesta federal. Las transformaciones sociales de Europa debían de ser posteriores a la construcción de una Europa federal previa, que sentaría las bases de una mayor solidaridad social entre los europeos: «una vez iniciada la formación de ordenamientos políticos libres, se trasladaba a la primera línea el proceso contra las desigualdades sociales (...) La federación, al crear en cambio una atmósfera de libre comercio, favorece de forma natural el proceso de elaboración de las ideas socialistas más importantes y fértiles»²⁹. Ahora bien, el carácter revolucionario de las propuestas sociales del manifiesto también tiene que ver en el silencio y la marginalidad con la que ha sido tratada esta parte del proyecto: «el movimiento federalista podrá trabajar eficazmente para encaminar en sentido favorable una solución europea propugnando reformas radicales»³⁰. Entre estas «reformas radicales» se encontraban la socialización y nacionalización a gran escala, la distribución igualitaria de la riqueza, la creación de cooperativas, la adaptación de la formación de los jóvenes a la demanda del mercado y, lo que es más revolucionario, la abolición, limitación, corrección o ampliación, según los casos, de la propiedad privada. Se hablaba, incluso, de un partido revolucionario liderado por obreros e intelectuales alrededor del cual evolucionarían progresivamente instituciones políticas libres y una «verdadera democracia»³¹.

Ciertamente, después de la Segunda Guerra Mundial se produjeron grandes avances en la reforma social del mundo occidental. El milagro económico, la edad de oro del capitalismo del bienestar, fue acompañado y posibilitado por unas reformas sociales y económicas propuestas una generación anterior. Las circunstancias de posguerra actuaron, como afirmó Tony Judt, de «comadrona de la prosperidad de Europa occidental a mediados del siglo XX (...) nadie más volverá a tener la misma suerte»³². Parecía como si la guerra hubiese intensificado una demanda de solidaridad social, mientras que el auge económico proporcionaba los recursos para respaldar tal cambio³³.

Ahora bien, este avance social no se correspondía con las aspiraciones de Spinelli. Se materializaron, por fin, las reformas sociales y económicas propuestas con anterioridad, pero nunca a un nivel tan profundo como proponía el programa de Spinelli, si exceptuamos las medidas de nacionalización del Partido Laborista de Atlee en Gran Bretaña. Por otro lado, estos cambios sociales y económicos vinieron acompañados de un trasfondo de desilusión, de desencanto nos gusta decir en España, por no haber aprovechado el escenario abierto tras la guerra. Las coaliciones políticas surgidas de la Resistencia durante la guerra vivieron enfrentamientos internos y acabaron escindiéndose, dejando pasar la oportunidad de poner en marcha sus reformas radicales. En Italia, sin ir más lejos, el Partido Demócrata Cristiano capitalizó las posibilidades de reforma, siendo esta bastante más moderada que la del proyecto socialista de Ventotene o el comunista del PCI. Cuando se extinguieron las esperanzas igualitarias de los años cuarenta, la gente comprendió que la llegada

²⁹ Altiero SPINELLI: «Los Estados Unidos de Europa y las diversas tendencias políticas»..., pp. 90 y 98.

³⁰ *Ibid.*, p. 109.

³¹ Altiero SPINELLI y Ernesto ROSSI: *El Manifiesto de Ventotene*..., pp. 46-53.

³² Tony JUDT: *¿Una gran ilusión?* ..., pp. 42-44.

³³ Mark MAZOWER: *La Europa negra*..., p. 359.

del Estado de Bienestar no benefició tanto a los sectores desprotegidos como a personas de posición más desahogada³⁴.

Pero existe un motivo más decisivo, de carácter estructural, que limitaba las posibilidades de realización del programa social europeo del *Manifiesto de Ventotene*. Inicialmente, durante las primeras décadas del siglo XX, la internacionalización de la protección social planteó nuevos retos a las políticas sociales de cada nación y, aunque pueda sonar paradójico, contribuyó a reforzar las medidas sociales a nivel nacional, dada la exigencia de defender su lugar en el concierto de las naciones que dicha internacionalización planteaba. Progreso, Europa e intervención social del Estado, todo relacionado, se acabaron convirtiendo en un reto para los reformadores sociales a nivel nacional. La internacionalización de la previsión social podía tropezar, pues, con los intereses nacionales, pero a su vez existía un discurso optimista a favor de que dichos intereses contribuyeran a favorecerla: «Debemos manifestar con toda sinceridad que, al promover este cambio de impresiones acerca de la conveniencia de la Unión Mundial del Seguro, más pensamos en procurar ventajas de carácter nacional que en la obra humanitaria requerida al efecto», afirmaba rotundamente José Maluquer³⁵. A propósito de la formación de instituciones y asociaciones internacionales, Léon Bourgeois afirmaba que «se temía a la oposición de intereses y de amor propio nacionales, y estos han cedido ante el espíritu de inteligencia y reciprocidad»³⁶. Igual de convencido de superar el marco nacional en el camino hacia la internacionalización del derecho obrero se mostraba el español Adolfo Buylla: «actualmente, a despecho de odios históricos, y por encima de las fronteras naturales y artificiales, cunden las ideas pacifistas y sobre todo, se levantan otros intereses más altos, por ser más humanos (...) que no se contienen (...) en estrechos límites de las nacionalidades al uso (...) Al compás de la actividad jurídico-nacional en la esfera del trabajo, aumenta la internacional (...) cuanto más se ahonda en el concepto de nación, y, por lo tanto, de Estado internacional, más amplio se advierte el orden internacional»³⁷. Sin embargo, la confianza por esa internacionalización que desprendían estos reformadores era matizada por otros que, como el economista francés A. Béchaux, mostraban su recelo ante esa supuesta evolución progresiva: «existen otros obstáculos que la vida económica nacional opone al proyecto de un derecho industrial europeo. Cada país tiene su suelo, su clima, sus necesidades, su carácter, su tradición, sus costumbres: encontramos ingleses, alemanes, franceses, belgas, portugueses, pero no vemos al europeo, tipo concreto, determinado, capaz de someterse a un derecho uniforme». No se oponía, en cambio, a la creación de una Oficina Internacional y alertaba que «el imperialismo de las naciones modernas es un nuevo obstáculo al desenvolvimiento del derecho de gentes»³⁸.

No obstante, teniendo en cuenta que las políticas sociales han emanado históricamente de los Estados-nación, el avance hacia una Europa social sería menos lineal y progresivo de lo que suele ponerse de relieve cuando se alude al «advenimientos de los Estados de Bienestar». Si nos remontamos al siglo XIX, podemos darnos cuenta que las raíces de la reforma social se encuentran

³⁴ Peter BALDWIN: *La política de la solidaridad social: bases sociales del estado de bienestar europeo 1875-1975*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Centro de Publicaciones, 1992.

³⁵ José MALUQUER: «Conferencia en el Instituto de Coimbra, 7 de noviembre de 1915», en *La guerra y el seguro*, Madrid, [s. n.], Imp. de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1916, p. 64.

³⁶ Léon BOURGEOIS: *La organización internacional de la Previsión social*, Traducción y notas de Pedro Sangro y Ros de Olano, Madrid, Imp. de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1913, p. 21.

³⁷ B. RAYNAUD: *Derecho internacional obrero*, Traducción y prólogo de Adolfo Buylla, Madrid, Imp. de la Revista de Legislación, 1907, pp. 10-12.

³⁸ Auguste BÉCHAUX: *Las escuelas económicas en el siglo XX: La escuela económica francesa*, Prólogo de Eduardo Sanz y Escartín, Madrid, Librería Victoriano Suárez, 1905, pp. 215-216.

en los Estados-nación que empezaban a construirse justo en ese siglo. Los reformadores sociales del solidarismo francés, particularmente Charles Gide, yuxtaponían a la propiedad privada, esa que salvaría de la desafiliación y resolvería el problema social a finales del XVIII, la propiedad social, que abolía la oposición propietario/no propietario sin caer en el colectivismo revolucionario. Léon Bourgeois movilizó, sin ser convergentes, las propuestas sociológicas de Durkheim sobre la solidaridad orgánica dentro de la sociedad industrial y de Fouillée sobre el organismo contractual. Basada en la idea de la interdependencia natural, la doctrina del solidarismo entendía que el hombre, al nacer, contrae una deuda con la sociedad (deuda social) como beneficiario del trabajo acumulado en la misma por la humanidad que le precede y como transmisor de su trabajo a las generaciones siguientes. Este deber social y moral al mismo tiempo quedaba reconocido jurídicamente a través de la noción, de inspiración rousseauiana, de cuasicontrato social, que reforzaba el vínculo social en torno al derecho y sancionaba la fraternidad republicana en lo que suponía la culminación de la obra iniciada por la Revolución francesa. Bourgeois aspiraba pues al «establecimiento de un régimen de verdadera justicia, la creación de un estado de patriótica solidaridad entre todos los miembros de una misma sociedad»³⁹. Si cada uno contraía una deuda con los otros y con los que están por nacer, y el Estado-nación es el ejecutor de las deudas contraídas, la cohesión social sale reforzada, pero también la nacional en la que se enmarcan jurídicamente los sujetos sociales⁴⁰. El proyecto de una nueva sociedad redistributiva se inscribía en una nueva forma de hacer nación. Otro ejemplo de los límites de una Europa social lo hallamos en 1914, cuando *El manifiesto a las naciones civilizadas* firmado por intelectuales alemanes en defensa de un nacionalismo ferviente produjo la ruptura de ese ámbito reformador y conciliador, tal como se desprende de la polémica entre Lujo Brentano, uno de los reformadores firmantes del manifiesto junto a Schmoller, y los economistas franceses Y. Guyot y D. Bellet: «Señores: Ya no me atrevo a dirigirme a ustedes como ‘estimados colegas’, título que, hasta ahora, estaba en uso tanto en nuestras relaciones como entre todos los economistas de Francia»⁴¹.

Este repaso histórico contribuye a explicar el papel secundario de las cuestiones sociales dentro de los proyectos de integración europea. En Europa, tanto los programas y las reformas sociales como los Estados del Bienestar son conquistas nacionales, no europeas, de manera que no es extraño que se hable de tres o varios mundos del estado de Bienestar. La prioridad siempre ha sido el equilibrio de los intereses geopolíticos, desde la reconciliación franco-alemana, a la unión frente al *Brexit*. Las preocupaciones sociales también han sido secundarias para los mercados económicos. En la fase actual del capitalismo se ha producido un enorme trasvase de poder del trabajo al capital, manifestado en el aumento de las desigualdades sociales⁴².

³⁹ Léon BOURGEOIS: *La organización internacional...*, p. 8.

⁴⁰ El nazismo escenificó con una inquietante perfección uno de los principios solidaristas que Léon Bourgeois había apuntado solo dos décadas antes: «el hombre solo no existe», mientras que lo social devino en lo racial mediante la horrenda manipulación de las ciencias sociales, naturales e incluso médicas. En este caso, el propósito era crear una nueva sociedad basada, por fin, en la igualdad de un hombre nuevo, el hombre-masa.

⁴¹ Adolf VON BAEYER: «Llamamiento a las naciones civilizadas», *Pasajes*, 43 (2014), pp. 101-102; «Cartas de 1914 del Journal des Économistes», pp. 104-120, esp. p. 109.

⁴² Göran THERBORN: «La dirección social de Europa: ¿avance o retroceso? Agenda para un modelo social europeo», en Alfonso GUERRA y José Félix TEZANOS (eds.): *El rumbo de Europa, V Encuentro Salamanca*, Madrid, Sistema, 2007, pp. 185-203.

Entre el socialismo colectivista y el neoliberalismo: repensar el socialismo liberal

Las reformas radicales que pretendió llevar a la práctica el proyecto de Ventotene eran carácter socialista: «La revolución europea (...) deberá ser socialista, es decir, deberá proponerse la emancipación de la clase obrera»⁴³. Pero Spinelli pronto marcó distancia con el socialismo soviético y distinguió entre «socialistas tradicionales» y «socialistas valientes». Los primeros hacen coincidir, según Spinelli, la orientación socialista con el dogma marxista y «usan la razón no para meditar, sino para maquinar argumentos retóricos que les convenzan para permanecer en el mismo camino». Los segundos, entre los cuales se incluye el propio Spinelli, están «libres de prejuicio», son partidarios de «someter a examen crítico los problemas de la revolución socialista» y «piensan que (...) el Estado se debe utilizar de manera que las fuerzas económicas no dominen a los hombres»⁴⁴. El rechazo de Spinelli a los procesos de Moscú ya le valió la expulsión del Partido Comunista Italiano. Ernesto Rossi, el otro autor del manifiesto, era el líder del grupo *Giustizia e Libertà*, fundado por Carlo Rosselli bajo los ideales del socialismo liberal. Rosselli proponía una nueva forma de entender el socialismo, tratando de compatibilizarlo con el liberalismo: «una nueva concepción socialista liberal, donde los problemas de justicia social y de vida colectiva pueden y deben erigirse sobre el mismo plano que los problemas de libertad y de vida individual. El socialismo debe tender hacia el liberalismo, el liberalismo debe nutrirse de la lucha proletaria (...) Lejos de oponerse (...) el liberalismo y el socialismo están ligados por una relación de conexión íntima. El liberalismo constituye la fuerza de inspiración ideal, el socialismo es la fuerza de realización práctica»⁴⁵. De lo que se trataba, en el fondo, era de hacer convivir libertad e igualdad, no tanto en una síntesis entre socialismo y liberalismo en el que el primero aportara el principio de igualdad y el liberalismo político (no el económico) aportara el de libertad, como en un socialismo históricamente desarrollado, lógica consecuencia o heredero del liberalismo. Para *Giustizia e Libertà* había que acabar con los monopolios de hecho y con la concentración de la riqueza en unas pocas manos mediante la socialización realizada por organismos autónomos gestionados por trabajadores, técnicos y consumidores. Estos principios recorren todo el *Manifiesto de Ventotene*: «El fin de esta era totalitaria reiniciará de inmediato el proceso histórico contra la desigualdad y los privilegios sociales (...) Estos son los cambios necesarios para crear en el nuevo orden (...) una consolidada impronta de libertad, impregnada de un fuerte sentido de solidaridad social»⁴⁶. Detengámonos en la primera parte de esta cita.

Spinelli y Rossi hablan del final de una era, la totalitaria, sin duda pensando no ya solo en la derrota del fascismo (recordemos que el manifiesto se redacta en plena Segunda Guerra Mundial-1941), sino también en el final del socialismo soviético: «La estatización general de la economía fue la primera forma utópica que representó para las clases obreras, la liberación del yugo capitalista. Pero, una vez completada en su totalidad, no conduce a la meta soñada, sino al establecimiento de un régimen en el que toda la población se halla sometida al servicio de una clase restringida de burócratas que gestionan la economía»⁴⁷. Ya la fórmula del socialismo liberal que inspiró a los autores del manifiesto nació de una reflexión sobre los dramáticos hechos que habían llevado al fascismo (y que llevó a la muerte al propio Rosselli y al confinamiento a Spinelli y a Rossi). La lucha contra el fascismo era ante todo una lucha por la reconquista de la libertad.

⁴³ Altiero SPINELLI y Ernesto ROSSI: *El Manifiesto de Ventotene...*, p. 46.

⁴⁴ Altiero SPINELLI: «Política marxista y política federalista», en Altiero SPINELLI y Ernesto ROSSI: *El Manifiesto de Ventotene...*, pp. 113-179, esp. pp. 116-117.

⁴⁵ Carlo ROSSELLI: *Socialismo liberal*, Madrid, Pablo Iglesias, 1991, pp. 78-81.

⁴⁶ Altiero SPINELLI y Ernesto ROSSI: *El Manifiesto de Ventotene...*, pp. 46 y 50.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 46.

Una vez derrotado este por las armas, la URRS, para colmo fortalecida tras la guerra, aparecía como el principal enemigo de la libertad. Spinelli ya centró sus críticas en el modelo soviético antes de conocer el desenlace de la guerra. Entre 1942 y 1943 ya escribía que «el problema no es que haya capitalistas y proletarios (...) El problema consiste en que existen ricos (sean o no capitalistas) y pobres (sean o no asalariados) (...) El principio de la colectivización no ha sido más que una deducción apresurada y errónea del verdadero principio fundamental del socialismo (...) Se destruye así esa libertad de iniciativa y de movimiento que es otra de las prerrogativas que no deberían ser abolidas»⁴⁸. Los partidarios de dar un paso adelante en la conquista de una mayor igualdad sin el sacrificio de la libertad también criticaron vivamente el régimen soviético. Tal es el caso de Norberto Bobbio, luchador antifascista desde el socialismo liberal y el Partido de Acción democrática, pero crítico a su vez con los que cuestionan la libertad como responsabilidad social en pro de la igualdad: «La historia reciente nos ha ofrecido el dramático testimonio de un sistema social donde la persecución de la igualdad no solo formal sino bajo muchos aspectos también sustancial, se ha conseguido (...) en detrimento de la libertad»⁴⁹. Otro pensando mayor de lo social, cercano al socialismo liberal, fue el filósofo Claude Lefort, cuyos esfuerzos por desenmascarar las mentiras totalitarias del comunismo soviético se sitúan también en esta línea. Lefort proponía un liberalismo progresista alejado del conservadurismo y de las aventuras revolucionarias. Quizás más moderado que los planteamientos reformistas de Spinelli y del grupo de *Giustizia e Libertà*, denunció como ilusoria la idea de una fórmula unificadora de la sociedad: «Política de los derechos humanos, política democrática, dos maneras, pues, de responder a la misma exigencia: explotar los recursos de libertad (...) Y aquel que diga que esta política carece de audacia que vuelva los ojos hacia los soviéticos, los polacos, los húngaros, los checos o los chinos que se han rebelado contra el totalitarismo»⁵⁰.

Los grandes pensadores del socialismo liberal coincidieron en un aspecto fundamental: además de tratar de compaginar la libertad y la igualdad, trataron de hacer esto mismo con el socialismo y la democracia, aspecto en el que, por cierto, se separaban de Ventotene, más radical a la hora de plantear modelos políticos afines al socialismo (recordemos que Spinelli llegó a hablar de una dictadura previa a la democratización del poder). Si bien no promotor abiertamente del socialismo liberal, Georges Gurvitch trabajó, en el contexto de reconstrucción europea en el reconocimiento de los derechos sociales. En 1932, publicó *L'idée du Droit Social. Notion et système du Droit Social. Histoire doctrinales depuis le XVII.^e siècle jusqu'à la fin du XIX siècle*, y en 1946, *La déclaration des droits sociaux*, obra en la que defendía una nueva Revolución Francesa basada en la libertad, la igualdad y la fraternidad en el terreno económico, socializar sin estatizar. Una vez más Francia serviría de ejemplo a Europa y tal vez decidiera la suerte de la democracia en Europa entera. Para ello era necesario proclamar de una manera jurídica la negación de toda explotación, de toda dominación, de toda arbitrariedad, de toda desigualdad, de toda limitación injustificada de la libertad de grupos y de individuos. Es proclamar el derecho de los individuos y de los grupos a una organización pluralista de la sociedad, única forma de garantizar la libertad humana en las condiciones actuales. El «derecho social» para Gurvitch se define como un «derecho de integración», que no se contrapone sino que completa la declaración de derechos políticos en el

⁴⁸ Altiero SPINELLI: «Política marxista...», pp. 120 y 136-137.

⁴⁹ Norberto BOBBIO: *Derecha e izquierda*, Madrid, Taurus, 1995, p. 156.

⁵⁰ Claude LEFORT: *La incertidumbre democrática: ensayos sobre lo político*, Barcelona, Anthropos, 2004, pp. 218-219.

Estado liberal⁵¹. Puesto que Gurvitch consideraba el derecho del Estado democrático es un auténtico derecho social, el Estado democrático adopta la estructura de una personalidad colectiva compleja y no la de una asociación de dominación. No por casualidad Gurvitch abandonó Rusia ya en 1920 debido a su desacuerdo con la orientación que iba tomando una revolución cuyas aspiraciones compartió inicialmente⁵². Para Bobbio, «la relación entre democracia y socialismo está configurada como una relación entre medio y fin, donde la democracia desempeña el papel de medio, y el socialismo, el de fin (...) El socialismo no puede ni debe ser alcanzado sino a través de la democracia»⁵³. Claude Lefort, por su parte, asociaba la idea de los derechos humanos con la de democracia, siendo constitutivos aquellos de esta. Para el filósofo francés, Marx se equivocó al calificar los derechos humanos como burgueses porque dejó escapar con ello la capacidad emancipadora de la democracia moderna. Desde esta perspectiva, exigió siempre el reforzamiento de los derechos sociales con el fin de asegurar el bienestar económico y social, condición imperativa de cualquier libertad política efectiva⁵⁴.

Con la caída del muro de Berlín y el desplome del bloque soviético, surgía otra pregunta: «Las democracias que gobiernan los países más ricos del mundo ¿son capaces de resolver los problemas que el comunismo no logró resolver? (...) El comunismo histórico ha fracasado, no lo niego. Pero los problemas permanecen». Para Bobbio el mundo comunista había constituido una «utopía» que no solo se ha hecho realidad, «sino que se está volviendo del revés. En los países donde se la puso a prueba ya casi se ha convertido en algo más parecido a esas utopías negativas (...) de Orwell (...) La idea de que la esperanza de la revolución se agota, se acaba simplemente porque ha fracasado la utopía comunista»⁵⁵. En esa misma línea, con una argumentación paralela, Lefort consideró que la idea de una autoinstitución radical de la sociedad era uno de esos conceptos límite destinados a transformarse en su contrario⁵⁶. Bobbio parecía referirse a sí mismo cuando afirmaba que «sería ridículo alegrarse ante la derrota y frotarse las manos diciendo ‘siempre lo dijimos’»⁵⁷. En el esquema reforma/revolución, el segundo parecía ahora derrotado. «Pero si no se puede definir -sigo a Bobbio- por oposición al contrario, porque su contrario ha desaparecido, habrá que redefinirlo». No cabe duda que la redefinición que planteó Bobbio se situaba en la línea del socialismo liberal: «El principio de igualdad es aquel que sirve para distinguir la libertad liberal de la libertad socialista, del socialismo liberal entendámonos. (...) Yo considero libertad socialista por excelencia aquella que liberando iguala, e iguala en cuanto elimina una discriminación; una libertad que no solo es compatible con la igualdad, sino que es la condición de aquella»⁵⁸. El autor italiano enfatizaba en esta distinción dado que el nuevo factor, aunque nunca desapareció, del esquema era el neoliberalismo. Para Bobbio, los neoliberales aparecían ahora como los nuevos reformadores, apostando por el desmantelamiento del Estado de Bienestar, la liberalización de los mercados y la privatización de determinados sectores económicos: «¿no corren el riesgo de

⁵¹ Pedro RUIZ TORRES: «Viejas y nuevas formas de pensar Europa», *Eutopías: revista de interculturalidad, comunicación y estudios europeos*, 6 (2013), pp. 95-103.

⁵² María Encarnación FERNÁNDEZ RUIZ-GÁLVEZ: *La noción de derecho social en Georges Gurvitch*, Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia, 1984, p. 202.

⁵³ Norberto BOBBIO: *¿Qué socialismo?*, Barcelona, Plaza y Janés, 1977, p. 228.

⁵⁴ Claude LEFORT: *Democracia y representación*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2012, pp. 13-14.

⁵⁵ Norberto BOBBIO: «La utopía al revés», en Robin BLACKBURN (ed.): *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 21-25.

⁵⁶ Claude LEFORT: *La incertidumbre democrática...*, p. XIII del prólogo de Esteban Molina.

⁵⁷ Norberto BOBBIO: «La utopía al revés...», pp. 23-24.

⁵⁸ Norberto BOBBIO: «Reformismo, socialismo e igualdad», *Leviatán*, 23 (1986), pp. 157-169, esp. p. 166.

aparecer como enemigos del cambio los que en otro tiempo eran precisamente reformadores»⁵⁹. Sin embargo, si bien es cierto que el primado de la opción (algunos hablan de dogma) liberal-conservadora consolidado con los Tratados de Maastricht y Ámsterdam ha llevado a algunos a decretar incluso la renuncia a la Europa social⁶⁰, el principal problema del dominio de esta opción, en mi opinión, no es ese. Tampoco, aunque este es un obstáculo decisivo para la construcción de la Europa federal, el hecho de que la estructura económica y financiera de la UE, basada en un sistema escasamente democrático dominado desde arriba por el capital financiero (BCE), se oponga frontalmente a un modelo federal europeo a nivel político (más democrático y no económico)⁶¹. El principal peligro del pensamiento neoliberal nos remite al primer apartado de este trabajo: el cerrojo a toda utopía, incluso aquella que se presenta como reformista.

El socialismo liberal puede tener actualidad hoy día. Tiene espacio para reinventarse. Surgió contra la falta de libertad que trajeron el fascismo y el comunismo. Moribundos los dos grandes movimientos que amenazaron el principio de libertad, fue precisamente por ese lado -el de la defensa de la libertad- por donde la ideología neoliberal se ha erigido en dominante. Poner ahora mayor énfasis en la igualdad, que esta ideología vincula a los horrores del comunismo para arrojarla al vertedero de la historia, puede ayudar a buscar una alternativa y, en definitiva, volver a abrazar una utopía. Revisitar Ventotene yendo al contenido igualitario y transformador del mismo, y no quedándose únicamente en su simbolización antifascista (es decir, se reivindica el socialismo liberal primigenio, sin salvaguardar nada de su contenido) y unitaria, así como rastrear la evolución del socialismo liberal en su defensa de la democracia, el socialismo y los derechos sociales, puede contribuir a ello. Parafraseando a Bobbio, para mirar al futuro con confianza se necesitan grandes ideales. Pero no hay que inventar nada nuevo. Solamente hace falta seguir siendo fiel a la propia historia.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 164.

⁶⁰ José VIDAL-BENEYTO: *Por una Europa política...*, p. 262. «Lo grave no es que los grandes objetivos de la Europa social -el derecho al trabajo, el pleno empleo, la eliminación de la precariedad, la renta mínima garantizada- no figuren en el Tratado, sino que será suficiente que, en el futuro, un solo Estado se oponga, para que tengamos que seguir renunciando a ellos».

⁶¹ Vicenç NAVARRO: *Ataque a la democracia y al bienestar. Crítica al pensamiento económico dominante*, Barcelona, Anagrama, 2015, p. 74.